

Recuerdos de un caballero de Quillota

Por Patricio Alfonso

En las calles de la vieja Quillota no se escuchan los pasos del joven caballero de levita y bastón con empuñadura labrada. Se ha ido Sergio Meier, en cuya casa vi al Golem.

No van a ser tus prodigios, Reb Akiba, cabalista, lo que voy a echar de menos. No voy a echarlos de menos, aunque ya no recibas más a tus amigos con eclipses de luna, como la última vez que visitamos tu casa. Porque tus prodigios permanecen, y permanecerán ahora más que antes, más que nunca. Están en tus libros, que verán nuevas ediciones. Están en lo que dicen y van a decir de ti.

Lo que voy a echar de menos, amigo mío, son nuestras conversaciones sobre Lovecraft, Blake, Swedenborg, Leibnitz, la cábala, los libros prohibidos y la red de túneles que mina el suelo de tu querida Quillota. Lo que voy a echar de menos son las tertulias en la mesa de tu casa, donde no se podía gustar una *delicatessen* salida de las manos de Silvita sin a la vez contemplar a Dante guiado por Virgilio en el cuadro que pintaste. Lo que voy a echar de menos son los paseos por tu ciudad, por sus calles amables, y las subidas al cerro Mayaca, al cementerio donde la tumba de tu familia luce el signo que diseñaste. Esa misma tumba en donde ahora tu cuerpo se ha ocultado como el sol en el ocaso.

No merecí tu compañía ni tu amistad y me las brindaste. No merezco recordarte y te recuerdo. Nunca escuchamos juntos a Leonardo Favio, pero no sé por qué ahora son unas letras de Favio las que me rondan en la cabeza: “...cuando sus sueños son luces en torno a vos, y te das cuenta que ya nunca ha de morir...”

(...y volveremos a caminar juntos, hacia el cerro Mayaca, hacia el crepúsculo)

Agosto de 2009